

DIA DEL LIBRO

P.C. DOHERTY

LA CANCIÓN DEL ÁNGEL OSCURO

Novela. Fdhasa. Barcelona 1998. 256 páginas. 1.700 pesetas

Dos cadáveres, el de una mujer ahorcada y el de un hombre decapitado, aparecen en el Hustaton (Norfolk, Inglaterra)



de la Edad Media después de una noche de

incesante *Angel Oscuro*, como allí llaman al viento del Norte. Dos casos para el investigador Hugo Corbett, un sagaz detective que se encuentra en la peculiar localidad tras la pista de un tesoro real perdido. / L.C.S.

RICHARD WILHELM

CUENTOS CHINOS II
Relatos. Paidós. Barcelona 1968. 200 páginas. 2.000 pesetas

Segunda entrega (esta vez dividida en cuentos infantiles, fantásticos y artísticos) de una recopilación de breves relatos populares chinos



llevada a cabo por uno de los aventajados co-

laboradores del psicólogo orientalista Carl Gustav Jung. El mundo natural en todas sus esferas se deja invadir por lo maravilloso, dejando de esta manera un poso de reflexión sobre la existencia humana. / L.C.S.

BERNABE TIERNO

ABIERTOS A LA ESPERANZA

Ensayo. Temas de Hoy. Madrid 1997. 255 páginas. 1.750 pesetas

Dice el pedagogo Bernabé Tierno en la introducción de este libro, subtítulo *Los valores de una*



juventud comprometida: «El objetivo que me

he propuesto es intentar demostrar que la esperanza es posible y que, por tanto, sigue mereciendo la pena educar por y para ella». Para conseguirlo, ofrece pautas a padres, profesores, educadores y organizaciones. / J.T.

Ética de la intolerancia

Un juez levanta acta de la injusticia de los suyos

JOAQUÍN NAVARRO

PALACIO DE INJUSTICIA

TEMAS DE HOY / MADRID 1998

375 PÁGINAS / 1.700 PESETAS

PROLOGO: ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

JAVIER ORTIZ

Es de buen tono, en estos tiempos de pensamiento mal llamado *débil*, afectar posiciones dubitativas, transigentes, contemporizadoras. Está mal vista la intolerancia.

No pasa de ser otra *pose* más, típica del carnaval permanente de nuestra vida social.

La tolerancia *puede* ser encomiable, pero también criminal. Depende. Es magnífico mostrarse tolerante hacia los criterios y modos de ser diversos. Es horrendo, en cambio, *dejar pasar* la injusticia, el abuso y la arbitrariedad. Joaquín Navarro —al que sus enemigos polanquistas de ahora llaman *el juez de las ondas*, después de haberlo tenido en las suyas durante un largo decenio— es sobradamente conocido del gran público por su sólida formación jurídica, su amplísima cultura y su prodigiosa memoria, puestas sistemáticamente al servicio de la defensa de las libertades.

De esos rasgos de su personalidad da abundante muestra su último libro, *Palacio de Injusticia*, en el que el juez Joaquín Navarro desvela con implacable detalle la tramoya político-económica del infame escenario judicial en el que se han representado —y se siguen representando— algunos de los episodios más importantes y trascendentales de la vida social española de los últimos años, entre ellos el caso *GAL*, el de los llamados *papeles del Cesid* y el caso *Sogecable*. En cada uno de ellos, el juez Navarro va mostrando no sólo cómo se mueve cada actor, sino —y lo que es mucho más importante— *por qué* se mueve, de acuerdo a qué fidelidades confesadas o inconfesadas, conforme a qué intereses. El retrato no es desolador: desoladora es la realidad, de la que únicamente emergen dignamente un puñado de jueces, fiscales y publicistas a los que se ha dado en calificar de *indomables*, con llamativa exageración, tan sólo porque su voz desentona de vez en cuando en el monótono coro diario de balidos.

He mencionado algunos de los atributos intelectuales de Joaquín Navarro, bien visibles en su obra: su conocimiento teórico y empírico de la Ley y la Justicia, en las que adentra al lector con

mano de experto cicerone; la amplitud de su cultura, fruto de su insaciable sed intelectual; su sorprendente memoria, que le permite recordar asertos y reconstruir hechos y circunstancias con escrupuloso detalle...

Son capacidades envidiables. Pero no virtudes.

Las virtudes de Joaquín Navarro son otras. El mismo las enuncia, poniéndolas en boca de otro, con ese pudor con el que muchos hombres tendemos a hablar de nuestros sentimientos más hondos. Cita a Bertrand Russell: «Tres pasiones simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad».

Las proclama en palabras ajenas, pero las practica militantemente con las propias. Y no se recata.

A algunos les incomoda con ello: creen que la pasión con que Navarro afronta la realidad —su visceral repugnancia hacia las medias tintas, el fervor con el que aplaude cuanto le merece loa y la rabia con la que se ensaña con cuanto le repugna— devalúan su mensaje. Es otro signo de estos tiempos de molición de principios, que llevan a considerar más propio y elegante llamar *desempleo* al paro, e *incremento negativo* al puro y simple retroceso. Para Navarro, el juez que, por ejemplo —y el ejemplo no es ocioso—, dicta una sentencia condenatoria sin base porque eso conviene a los intereses del Estado y así se lo piden *allas instancias*, es un perfecto *sinvergüenza* y un vendido. Sin más. Y lo escribe tal cual.

Según ha dicho recientemente el Consejo General del Poder Judicial, este modo de expresarse de Joaquín Navarro es *impropio*. ¿Impropio de qué? Impropio del jesuitismo que rige en la corrupción togada, sin duda.

Sin esperanza y sin miedo, ha subtítulo Joaquín Navarro este libro. Es signo de su entereza. Muchos de sus partidarios tuercen el gesto: «Por qué sin esperanza?», se preguntan. Pues, sencillamente, porque no la hay. Quien, como Navarro, se sitúa moralmente —por qué no decirlo: piadosamente— del lado de la humanidad que sufre, no puede ni engañarse a sí mismo ni engañar a los demás: la verdadera justicia puede ganar batallas, pero pierde casi todas las guerras.

Y esa sería una magnífica razón —si las del corazón no bastaran— para estar radicalmente de su lado. Sin asomo alguno de tolerancia.

SUeltos de mi diario

El soso envidioso de famosos

FERNANDO ARRABAL

Laxista ecuatoriano de Nueva York: «Nada somos... y más aún nosotros».

«Señor Newton, cómo descubrió su teoría?» Y el sabio respondió: «Pensando en ello». ¡En ello!, pero... ¿cómo conseguimos vislumbrar lo que aún no vemos?

«Pa» que aprenda! El desconocido y resentido profesor americano escribió, para condenar a sus odiosos famosos, un libro frívolo y frígido (como exige el tema). Pero gracias a su pánfilo panfleto el soso envidioso... ¡se volvió famoso!

El abogado de Park Avenue deduce de la normalidad la patología. Como si ésta no fuera original y de una naturaleza diferente. (Y en arte más aún).

Actor de mi obra: «Ser aquí, en Nueva York, tan feliz... ¡hace secta!».

Si antes de Pasteur la medicina no existía («estaba en las tinieblas de Egipto» dice William Osler) ¿quién será, mañana, el nuevo Pasteur que retrospectivamente nos envíe a las tinieblas de la ignorancia... «cuando la medicina funcionaba, como teatro de ensayo»?

Otro taxista: «En Nueva York es mejor no pensar, sino ¡te embrutece!».

La bellísima gigantea quería que su adorado enano le orinara durante el coito («como lo hizo James Joyce»). Pero lloró de emoción cuando sintió que su idolatrado estaba tan excitado que no podía.

Qué divertido era ser ateo... antes de que los ateos ganaran.

Empuñando dos revólveres. Seis años después del primer *manifiesto surrealista* (de 1924) Breton escribió el segundo. Con esta plegaria (plenaria). «El acto surrealista más sencillo con-

siste en bajar a la calle, empuñando dos revólveres, y disparar al azar, y a saciedad, sobre la multitud». Rectificó (¡rectoral!) en 1946: «Está claro que no recomiendo este acto porque es el más sencillo... A los que critican mi actitud comparándola a mis propias palabras les diré: "tienen ganas de verme desaparecer". Pero el gusto natural que me inclina a la agitación me disuade de dejar la escena». Casi veinte años después de la rectificación, le pedí a Breton que me precisara el alcance de sus palabras... y, para mi sorpresa desvió la respuesta y me habló de Dios (¡como ateo!). Al volver a casa pensé que la religión (o el surrealismo) forma parte de nuestra substancia. Por ello puedo preguntarme si Dios existe... y responder gracias a la pura reflexión (¡incluso surrealista!)... sin necesidad de revelación. En Occidente el arrinconamiento de lo religioso (y del surrealismo) ¡permitirá desprenderse de la paja para dar con el grano de la vivencia religiosa (o surrealista) purificada? ¡Amén!

«Cómo es que todavía no se le ha otorgado la *legión de honor* a Luis XIV y el Cervantes a Cervantes?»

El enfermo desabuciado de la 49 se pregunta: «Deberé pedir al médico que crea en la indeterminación, como la ciencia actual? ¿Y al curandero en la racionalidad, como la ciencia tradicional?»

«Por qué no se suben los sueldos de diputados y articulistas?... ¡para que sean mejores!»

Si los balones de fútbol los inflaran con fabada (¡o con mermelada!) ¿no serían más interesantes los partidos?»

«Voto a Dios!» como si no fuera un genio... tranquilamente vota.

«Flexuosas!» corridas con espadas, banderillas, picas y cuernos flácidos (¡y flemáticos!).

Otro arrabalesco: «¿Qué hace Dios (¡redios!) de su conocimiento infinito (¡e inaudito!), cuyo origen está en... El mismo?»